

Nos conocimos  
para encontrarnos



## Capítulo 1: Narita

A Mateo no lo dejó una mujer. Lo traicionaron.

Y no fue una infidelidad cualquiera, fue algo que le arrancó la confianza de raíz.

La relación duró casi cuatro años. Vivieron juntos. Hicieron planes. Incluso hablaron de tener hijos. Él bajó la guardia, dejó entrar todo lo que por años protegió. Y justo cuando pensó que había encontrado algo firme, ella se fue.

Pero no sola.

Se fue con un hombre que Mateo conocía. Uno que solía sentarse en su sala, que le ofrecía ayuda “como amigo”, que lo saludaba con palmadas en la espalda mientras le quitaba todo por debajo.

No hubo gritos. Solo un mensaje una noche: “Lo siento. No puedo seguir fingiendo. Me enamoré de alguien más.”

Desde entonces, Mateo aprendió a vivir en modo silencio. No hablaba de eso con nadie. No lloraba. No confiaba. Cerró la puerta del corazón con llave y la enterró donde ni él pudiera encontrarla.

Y por eso estaba ahí.

No por turismo, no por amor al anime, ni por buscar inspiración.

Estaba en Japón porque necesitaba desaparecer un rato de sí mismo.

Quería caminar entre gente que no lo reconociera, comer sin pensar en nada, dormir sin recuerdos, ver algo nuevo que no le doliera.

Era eso... o seguir desangrándose en su propio país.

El avión aterrizó con un leve rebote y Mateo abrió los ojos, como si acabara de despertar de algo más largo que un simple vuelo.

No había dormido. Solo cerraba los ojos de vez en cuando para escapar del zumbido de los motores y de sus propios pensamientos.

Mientras el resto de los pasajeros se apuraban por bajar, él se tomó su tiempo. No tenía prisa. No por costumbre, sino porque últimamente todo lo hacía así: con desgano, sin emoción, como si cada movimiento fuera prestado.

Pasaron veinte minutos hasta que cruzó migración. Le hicieron preguntas cortas, miradas largas. Respondió en inglés, con voz baja. No traía planes detallados, solo una reservación de hotel y un correo donde decía que alguien lo esperaba en la salida con un cartel a su nombre.

Cuando llegó al punto de encuentro, la vio antes de ver su nombre.

Una mujer japonesa, de estatura media, cabello recogido en una coleta, abrigo beige, y una carpeta bajo el brazo. Sostenía un cartel simple: "Mateo Rivas" escrito en letras negras y rectas.

Ella lo vio primero.

—¿Señor Rivas? —preguntó en español claro, sin acento marcado.

Mateo parpadeó. No esperaba escuchar su idioma con tanta naturalidad.

—Sí, soy yo.

Ella sonrió, una de esas sonrisas suaves que no intentan impresionar, solo estar.

—Bienvenido a Japón. Soy Emi Sato, su guía para estos días.

Se saludaron con una leve inclinación. Nada de contacto físico, como se acostumbra allá. Él tomó su maleta, y ella le hizo una señal para seguirla hacia la salida.

—¿Es su primera vez en Japón? —preguntó mientras caminaban.

—Sí —respondió él, mirando alrededor—. Aunque no sé si vine por las razones correctas.

Ella lo miró de reojo, sin preguntar más. Solo sonrió otra vez, como quien entiende más de lo que dice.

El camino en el tren exprés hacia el hotel fue silencioso al principio. Mateo miraba por la ventana como si tratara de leer el país desde el paisaje. El idioma en los anuncios, los colores de los techos, la forma en que la gente evitaba el contacto visual. Todo era distinto. Tranquilo. Ajeno.

—¿Cuánto tiempo piensa quedarse? —preguntó ella.

—Solo unos días. —respondió Mateo.

—Qué bueno que vino por estos días. Marzo es tranquilo... y ya empieza a sentirse la primavera.

Mateo no dijo nada, pero lo cierto es que no había planeado nada con emoción. Solo había buscado “lugares donde estar solo sin parecer un loco” y Japón estaba en el top de todas las listas. Le gustaba que allá nadie se metiera con nadie. Allá, ser invisible parecía normal.

—¿Viene por vacaciones o...?

Él dudó.

—Por pausa —respondió.

Emi lo miró un segundo más, pero no insistió. Volvió a ver al frente. Mateo se lo agradeció en silencio. Odiaba cuando la gente intentaba rellenar los huecos con preguntas.

Llegaron al hotel. Ella le ayudó con el check-in, tradujo con calma y eficiencia. Le explicó los horarios del tour, lo que visitarían, y dónde encontrarla al día siguiente.

—Descanse, señor Rivas. Nos vemos mañana a las 9, en el lobby.

—Gracias, Emi.

Ella se despidió con una expresión tranquila.

Mateo subió a su habitación. No se sentía mejor. Ni peor. Solo... lejos. Y eso ya era algo.

Se sentó frente a la ventana. Desde el piso 10 veía una ciudad ordenada, silenciosa, limpia. Era justo lo que necesitaba: un lugar donde nadie supiera quién era.

Ni lo que había dejado atrás.